

# CANCIONES y DANZAS de ESPAÑA POR LOS CAMINOS DE EUROPA

Treinta y tres camaradas de los grupos artísticos de Pontevedra, Lérida y Salamanca actuarán en los hospitales de guerra de Alemania

P O R F O S É A L T A B E L L A

«Villa Palma» es un hotel amplio y vistoso enclavado en el corazón geométrico de esa madrileña población auxiliar, que es la Ciudad Lineal. Desde la misma línea del tranvía, al apearse de éste se oyen las voces femeninas de las habitantes de la citada mansión. En ella residen las treinta y tres camaradas que han sido designadas por las jerarquías para marchar a tierras germanas en viaje artístico por hospitales de sangre y albergues sanitarios. Han sido invitadas por las Juventudes Hitlerianas.

Quintana, el fotógrafo, y yo nos vamos acercando al hermoso chalet en medio de un calor enorme. El sol aprieta de lo lindo en esta mañana del naciente septiembre. Al entrar en el recinto, luego de trasponer la bonita puerta de hierro que parte en dos la herrada verja, oímos claros y armoniosos los ecos de la letrilla que están ensayando, del más sabroso gusto montañés. Estrofa viva y popular de una canción de ronda:

«A tu puerta está la ronda, sí, sí,  
y yo cantaré el primero,  
clavelina colorada  
nacida en el mes de enero...»

Llegamos junto a ellas. Son jóvenes de veinte a veinticinco años. Todas están vestidas de uniforme. Algunas disfrazadas ya con las prendas de la corta pieza teatral que llevan de repertorio, para mejor familiarizarse con la indumentaria escénica. En plena obra de correcciones y dirección, la bondad del maestro Benedito impone con simpatía el magisterio consumado de su experiencia coral. En torno a su blanca guerrera, los azules de las camisas falangistas forman un círculo de gracia y belleza.

—¡A ver! ¡A ver! Un poco más bajo. Cuidado con ese final...—advierte, persuasivo, el maestro.

Luego, dirigiéndose a nosotros, nos habla:

—Habéis llegado en el momento mismo del ensayo. Así que no os vendrá mal escucharlas. Y de este modo podréis dar una más veraz sensación de realidad. ¿No os parece?

—Nos parece, maestro, nos parece—repliquemos.

Y dicho y hecho. Mientras ensayan, nos



disponemos a escuchar y a ver. Según van pasando las canciones y las danzas, vamos apuntando en nuestro cuaderno de notas los títulos de las obras que tienen de repertorio.

Helas aquí. De canciones religiosas llevan: «Adeste Fideles», «Salve, Regina», «Ave, verum corpus» y «Adorote devote». De regionales hay mayor número: «A tu puerta está la ronda», «Viva León», «La afiladora», «El mío Xuan», «As mozas de Vilanova», «Canto de bodas», «La macarenita», «A la mar fui por naranjas», «Dónde las pondré», «A coger el trébole», «A lo alto y a lo bajo», «Levántate, morenita», «Tienes unos ojos, niña», «Límpiate con mi pañuelo», «Dónde vas por agua», «El agua de la ermita», «Dónde vas con el carro» y «Por entrar en tu casa». Como himnos han de cantar, aparte del Nacional, el de las Juventudes Hitlerianas, el alemán, la «Lili Marlen», de la División Azul; «Prietas las filás», «¡En pie, flechas de España!» y el de la División Azul. Los grupos de danza llevan los siguientes números, entre Salamanca, Pontevedra y Lérida. La primera provincia: «Jota salmantina», «Fandango charro», «La rosca», «La charrada» y «El cordón»; la segunda: «Muñeira», «Jota gallega» y «Foliada»; la última: «L'hereu Riera», «Danzas Arriá» y «Sardana». Además, tienen montado el bello romance escénico «La condesa Rosalinda».

Una palmada, seca y certera, pone punto final

Un momento de descanso. Y escuchar los recuerdos e incidencias de un viaje parecido al que va a realizarse...

al ensayo. Y como bandada de palomas en dispersión, todas las muchachas deshacen el grupo y forman corrillos... Y con este motivo empezamos a actuar. Nuestra primera pregunta:

—¿Hace mucho que estáis aquí?

—No. Poco. Llegamos hace unos diez días.

—¿Cómo transcurre la jornada entre vosotros?

Del corrillo adelanta su voz una camarada, que empieza a hablarme con algún alboroto:

—Pues, ya has de ver, ya has de ver. Nos levantamos a las ocho... Luego, arreglamos nuestros cuartos. Sabrás que tienen unos nombres muy graciosos. ¡Oh,



sí, aquí tenemos todas un excelente humor! Somos lo más optimista de cada casa. Mira los nombres con los cuales hemos bautizado nuestras habitaciones. «Primavera» se llama la alcoba de las más jóvenes; «El Parnaso» es el dormitorio de unas camaradas que les da por cosas poéticas: admiran la luna, creen en los donceles y alguna dice que ha soñado ya con un trovador que tenía una mandolina bajo el alféizar florecido de su ventana...

Sonríe por las bromas saladas de esta camarada. Y como es de rigor en este caso, pongo una cara incrédula, de hombre que acepta sólo lo que la información tiene de clima humorístico. Se me debe notar que no creo muy firmemente ese cuento del trovador...

—Sí, sí. De verdad que soñó con un trovador. ¡Menuda romántica está hecha Florentina!...—exclama, con rotundo acento para afirmar mi duda, esta traviesa Juanita.

—Bueno, ¿y qué más nombres habéis dado a vuestras habitaciones?—sigo averiguando.

—El «Rancho grande» y el «Rancho chico», con las que distinguimos dos salas contiguas: la una, muy amplia, y la otra, bastante pequeña.

Van viniendo al corro donde estamos más camaradas. Una de las que están se le ocurre decir:

—¡El cartero! ¡El cartero!

Como por ensalmo todas se lanzan a la puerta. Es ésta una hora precisa y preciosa en el diario de estas embajadoras de nuestro folklore. Ante las noticias de los seres que-

